

El político asesinado

JOSE RAMON RECALDE

Todos los asesinatos son igualmente injustos. Todas las víctimas provocan nuestra solidaridad y nuestra compasión. Todos los muertos nos causan dolor. Ante la muerte de Gregorio Ordóñez es justo que mostremos, incluso antes que nuestra indignación, nuestra conmoción. ¿Qué tiene de especial, entonces, el asesinato de un político, de un parlamentario, de un concejal? El crimen añadido al crimen. La acción consciente encaminada a destruir la convivencia.

Los hombres y las mujeres que viven en sociedad se llaman ciudadanos —habitantes de una misma sociedad política— cuando intentan superar la agresión, la intolerancia, la imposición de la propia voluntad sobre la de los demás. Por eso han justificado el orden político y lo han inspirado en valores de convivencia: la verdad se va determinando por el diálogo y el debate; la voluntad general se establece como regla doble: la mayoría tiene derecho a decidir, la minoría tiene derecho a discrepar y a pretender relevar a la mayoría; sobre todo, nadie, ni mayoría ni minoría, puede atentar contra los derechos del individuo. Pero el atentado contra el político es no sólo el atentado contra el individuo, sino el acto por el cual se pretende que el orden del diálogo, de la democracia y de la libertad desaparezca, junto con la vida del político asesinado.

No hay muertos privilegiados, porque el crimen iguala a todas las víctimas. Pero a



Gregorio Ordóñez le han matado porque expresaba con libertad su idea del sistema político, porque aceptaba las reglas del juego de la convivencia y porque creía en una sociedad de ciudadanos. Y porque había

convertido estas ideas, estos deseos y estas acciones en oficio. Le han matado porque era un político. Con su muerte, su oficio queda terriblemente herido, pero también dignificado. Aunque sólo fuera por el con-

traste que para siempre ha quedado sellado entre la víctima y los verdugos.

Como ocurre siempre ante los actos fanáticos, quizás antes que la conmoción, que la solidaridad y que el dolor, los ciudadanos que quieren un orden de convivencia —los ciudadanos con ánimo de construir una ciudad común— sentimos el espanto. Esa incapacidad para penetrar en las justificaciones que le han llevado al asesinato a quitar la vida de la otra persona. Esa percepción de que, junto a nosotros, hay alguien que ha conseguido colocarse fuera de la comunidad de convivencia, que ha elegido ser un helado ángel de la muerte.

No creo que estos seres feroces sean hoy capaces de entrar en la comunidad de diálogo. Son personas como nosotros. Pero la ferocidad se ha apoderado de ellos, de manos del fanatismo. ¿Cómo podrían, en estas circunstancias, ni siquiera comprendernos? Por eso, en última instancia, son estas líneas una reflexión para nosotros mismos. Para que sepamos que el edificio que los ciudadanos hemos creado es fuerte y resiste los ataques. Que tiene su propio sistema de defensa, que no hay que corromper. Y que, frente a este sistema, los ángeles de la muerte hace tiempo que han fracasado. La crueldad de sus acciones es grande, el dolor que causan es inmenso. Pero son crímenes inútiles. La ciudad de los hombres libres está asegurada.

José Ramón Recalde es abogado y catedrático de Sistemas Jurídicos de la ESTE.

Contradicciones

JAVIER GONZALEZ FERRARI

José Amedo Fouce no es precisamente una hermanita de la caridad. Su lenguaje no tiene nada que ver con el que usaría un académico y, además, es un condenado en sentencia firme por su relación probada con los asesinos de los GAL. Con estos antecedentes, su credibilidad es prácticamente nula. Es más, no son pocos quienes ahora se preguntan por qué Instituciones Penitenciarias no les retira el tercer grado del que disfrutaban con profusión. Se lo preguntan, y esto es lo que tiene bastante gracia, quienes hasta hace un mes, cuando Garzón *enchi-queró* a Sancristóbal, pedían la libertad e incluso el indulto para los ex-policías Amedo y Domínguez.

Quienes hoy le niegan toda credibilidad, quienes incluso se han querellado contra ellos, les han estado calificando de *servidores del Estado* hasta hace unos días. He aquí una de las grandes contradicciones de un caso en el que todos parecen empeñados en introducir tantos elementos de confusión como les sea posible, cuando lo verdaderamente importante es conocer la verdad. Y esa verdad sólo puede ver la luz a través de la Justicia. Una Justicia que está actuando, y que lo estaría haciendo independientemente de que Garzón hubiese regresado al juzgado número 5 de la Audiencia Nacional.

Si, por ejemplo, prosperase la recusación planteada por el recluso Juan de Justo y su abogado, el asunto caería en las manos del magistrado Carlos Buenen, quien, desde luego, también seguiría hasta el final. Lo único deseable es que ese final sea lo antes posible, para evitar el deterioro moral de nuestra sociedad. Ese deterioro que desde su atalaya de sabiduría ha denunciado el octo-



genario Santiago Carrillo, uno de los protagonistas excepcionales de nuestra transición política.

Pero, volviendo al asunto de la recusación, también tiene su gracia que Garzón sea recusado por Juan de Justo bajo el argumento de su pase por el Ministerio del Interior, donde, a juicio de los recusadores, pudo conocer datos que ahora está manejando en el sumario. Pues bien, por esa misma regla de tres, Garzón no debió instruir el *caso Nécora*, ni puede seguir trabajando desde su juzgado en la lucha contra los narcotraficantes. No podemos olvidar que Garzón fue secretario de Estado del Plan Nacional sobre Drogas. Además fue el PSOE (el ministro de Justicia Fernando Ledesma) quien modificó la ley para que quien estuviera en política se reintegrara automáticamente a su puesto en la Administración de Justicia al dejar el cargo.

Hay demasiadas contradicciones y demasiados *arrepentidos* en toda esta historia, y no sólo Amedo y Domínguez.

Una viuda y un huérfano

JOSE MARIA CALLEJA

El domingo paseaba con su hijo de ojos azules a hombros. Le acompañaba su mujer y otros amigos; componían felices la estampa típica de un domingo donostiarra. Hoy, hay un huérfano de ojos azules que no ha cumplido dos años, una viuda joven, de pelo claro, y unos amigos desamparados. Ninguno de ellos va a poder vivir de la misma forma a partir de ahora.

El que le ha disparado en la nuca es posible que esté eufórico en este momento. Los que le han pasado la información, el resto de sus colegas, le habrán felicitado por quitar de delante, para siempre, a una de las personas que ha sido más dura en sus expresiones contra el grupo terrorista. Pero los demócratas debemos saber que esto sólo sirve para alimentar la orgía de sangre en la que viven algunos, para reeditar el placer de quienes disfrutaban con la muerte. Los asesinos han conseguido lo que se proponían: hacer daño. Querían meter miedo en las venas de los políticos, para que cuando asistan al funeral piensen que los próximos pueden ser los de ellos y traten de buscar una salida. A eso aspiran, según sus propias confesiones. Pero está claro que, con cada muerte, después de la excitación, cuando bajen a la realidad otra vez, comprobarán que no han avanzado ni un milímetro, que están cada vez más aislados, que tienen más sangre a sus espaldas.

El único consuelo ante un hecho al que no se puede dar marcha atrás es que cada vez somos más los que no queremos muertos. Cada vez está más clara la única diferencia importante que existe en este país: los que matan, y los que no matamos; los que no quieren la democracia, y los que necesitamos la li-

bertad para vivir. Por eso, en frío y con prudencia, debemos extraer de este crimen la misma conclusión que de los otros: contra el terror sólo cabe la paz; contra la muerte sólo vale la ley; contra el crimen, la respuesta democrática, en las urnas, por ejemplo.

En dos años han asesinado, en la misma calle prácticamente, a tres personas: en enero de hace dos años, a Santamaría; en julio del año pasado, a Olarte; y ahora, a Ordóñez. Los asesinos han tenido esta vez el detalle de no asesinarle el día de San Sebastián, como hicieron con Santamaría, quizá porque ese día sí tenía escolta policial, por la visita a la ciudad de dirigentes de su partido.

Ayer, llovía en San Sebastián, como si se tratase de un elemento necesario para componer este macabro paisaje de la muerte. La lluvia suele acompañar. Llovía también el día en que asesinaron a Enrique Casas, febrero de 1984, cuando Ordóñez lloraba a la puerta de su casa. Llovía cuando Ordóñez era el primero en llegar a muchos de los atentados que han tenido por escenario San Sebastián, y allí estaba Ordóñez. Quizá esta muerte sirva para que piensen, aquí, en Euskadi, los que hasta ahora han apoyado la violencia; si es así, al menos de algo habrá servido. Ojalá sirva para que los que últimamente, en Madrid, disfrutaban pidiendo *más madera* se paren a pensar en su frivolidad. En cualquier caso, los demócratas, los que tenemos claro que no nos gusta la muerte, tenemos que hacer una piña, unirnos y rodear de cariño a su viuda, de pelo claro, a ese huérfano de ojos azules que no ha cumplido dos años, como debemos hacer con todas las víctimas del terrorismo. Estos son nuestros únicos argumentos.